

La vida entre ramas

Tengo la certeza de que ninguno de vosotros se ha parado a pensar en la vida que existe en un árbol de Navidad. Y no me refiero a los ácaros del polvo que andan con problemas de sobrepoblación, ni a la arañita que ha fundado un parque de tirolinas que van de rama a rama, ni a la polilla agorafóbica que tiene miedo de salir y que una multitud acabe con su vida.

Si anduviérais acertados, estarías pensando en otras alternativas como la magia que cuando eráis niños hacía que todo cobrara vida. Pero quizás la ignorancia y la incredulidad ya se han apoderado de vuestros corazones en un intento nefasto de ser adultos y ya no creéis en ella.

Yo tengo la suerte de haber protegido mi corazón de las invasiones de madurez que el mundo planeó para mí en cuanto conocí el secreto mejor guardado por los padres y que, por supuesto, no pienso contar porque es absurdo y no hay quien se lo crea. Por eso puedo contaros la historia que, en su día, me contó un adorno del árbol de Navidad de un lugar que aún no puedo mencionar. Más concretamente, la historia que me contó un muñeco de nieve al que le faltaba la nariz: don Panzón. Quien quiera creer que crea y si hay algún adulto demasiado maduro para creer que, al menos, se permita cinco minutos de inmadurez.

Don Panzón recuerda como si fuera ayer el primer día de su vida y, por supuesto, a la niña que se la dio. Aunque cada vez le cueste más moverse, no puede evitar dibujar una sonrisa con los abalorios de su boca pensando en aquellas manitas pequeñas, suaves, cálidas y manchadas de pintura que lo crearon. La dueña de esas manos se llamaba Marina.

Aquel día no sólo él sería llamado a habitar el mundo, si no también muchos otros que otras manitas creaban con ilusión: ardillas, bolas de purpurina, angelitos, casitas, pájaros, aviones, galletas, bastones, guirnaldas, pequeños hombrecitos gordiflones y vestidos de rojo que se hacían la competencia con señores de elegantes ropas y gloriosas coronas...

Dicen que los propósitos dan sentido a la vida de las personas o, al menos, esa es la enseñanza que aquel día la maestra regaló a sus alumnos. Don Panzón no sabía si sucedería así con los adornos de un árbol de Navidad, pero lo que sí tenía claro es que el fin para el que habían sido creados era el más bonito de los motivos para ser feliz.

La ardilla de la tercera rama era la encargada de retransmitir lo que pasaba para los adornos que no podían ver, como las bolas de Navidad o los corazones; el piloto del avión que colgaba de una de las ramas más altas tuvo un accidente que lo llevó a la primera rama, donde conoció a una elfa que le enseñó la vida en la tierra y de la cual se enamoró; el Papá Noel de la quinta rama a la izquierda discutía a gritos con los tres reyes magos de la segunda rama por ver quién hacía los mejores regalos y el ángel que vivía entre ellos mediaba pacientemente cada discusión; la casita daba techo a arañas sin hogar y les daba calor aún careciendo de chimenea; los pájaros cantaban alegres villancicos que hacían a todos olvidar que el día de ser devueltos al almacén estaba cerca; las guirnaldas eran conocidas por dar los abrazos más largos y grandes del mundo y por alumbrar cada hueco de oscuridad y, por último, don Panzón era el presidente de la comunidad, el que velaba por el bienestar de todos y cada uno de ellos.

Cada adorno estaba muy pendiente de lo que pasaba fuera, especialmente de los niños que les habían dado la vida. Sabían muchas cosas de ellos como, por ejemplo, el deseo secreto que pedirían por año nuevo, los juguetes que inundaban sus cartas, el nombre de sus mejores amigos, sus dibujos favoritos, que los deliciosos panecillos de sus bocatas los hacía una tal panadera llamada Nati, lo que soñaban ser de mayores, cuáles eran sus miedos... Y hasta el color de sus ojos, aunque esto último no era muy difícil de saber, pues cada dos por tres los niños se paraban a mirarlos, más bien a admirarlos, como si se admirasen a sí mismos a través de sus creaciones.

El peor momento del año era cuando el árbol tenía que ser devuelto al almacén y la magia se fundía en una oscuridad demasiado duradera. Pero daba igual, pues merecía la pena esperar más de trescientos días ya que no importaba que estuviesen tanto tiempo encerrados, pues sabían que, al llegar de nuevo la Navidad, volverían a ser sacados de allí por las manitas ya no tan pequeñas pero cálidas que los crearon, que serían retocados de sus desperfectos y, por supuesto, que volverían a ser admirados, valorados y amados.

Don Panzón era algo despistado y, año tras año, en ese transcurrir entre tiempos deseados, perdía siempre su nariz. Sin embargo, era algo que no le preocupaba, pues Marina siempre se encargaba de ponerle una nueva de plastilina que, si bien no era la más resistente, le garantizaba poder oler los panecillos de la Nati, el chocolate del último día de clase y, aunque muchos creen que no tiene olor, la mismísima felicidad.

Hasta que llegaron unas navidades en las que todo cambiaría. El revuelo en el almacén era descomunal, como lo había sido siempre. La ardilla preparaba su voz para seguir comentando cada suceso que pasaba fuera del árbol, el piloto trataba de arreglar su avión para enseñarle a su elfa la vida en el cielo, los pájaros afinaban su canto en escala de si bemol, Papá Noel y los Reyes preparaban sus mejores argumentos para el eterno debate, los ángeles buscaban su paciencia por cada esquina del almacén para aguantarlos... Y don Panzón, como siempre, se encargaba de recordar a todo el mundo que la época más esperada había llegado. Pero, ese año, su alegría por volver a ser admirados, valorados y amados se vería catapultada por un suceso que les cambiaría la vida.

Cualquiera de ellos reconocería las manos de quien los creó hace unos años y por ello supieron enseguida que las manos que esa vez los cogían no eran las de sus niños. Las manos volvían a ser pequeñas, pero estas ya no les cogían con el mimo y delicadeza de siempre. Como si de bichos raros se tratasen, unos nuevos niños los miraban con desprecio mientras los sacaban de la caja. Una cosa es admirar y otra muy diferente mirar y, ese año, sólo fueron mirados y devueltos a la caja de donde pensaron que no podrían volver a salir jamás.

Don Panzón no paraba de preguntarse qué es lo que habían hecho mal. Todos sabían que algún día Marina, Enrique, Juanito, Felisina, Gonzalín... Ya no estarían. Pero siempre habían pensado que los adornos de navidad son motivo de felicidad para cualquier niño del mundo y que serían inmortales. Aunque era algo que tenía prohibido entre Navidad y Navidad para evitar fundirse, ese día don Panzón pidió a las guirnaldas de luz que se encendiesen para convocar una reunión de emergencia y poder buscar una explicación entre todos los vecinos.

Cuando todos los adornos fueron iluminados, quedaron horrorizados. Nunca se habían visto de esa manera, sin ser reparados y, en definitiva, sin ser amados. Las calvas de la ardilla relucían con la luz de las guirnaldas, los pájaros parecían pollos desplumados, el piloto descubrió que su avión no funcionaba porque tenía rota un ala, Papá Noel ni si quiera tenía barba y ninguno de los Reyes conservaba los regalos. Por primera vez en la historia los cuatro se abrazaron en un intento de

consolarse. Don Panzón supo entonces, al verse reflejado en una bola, lo horrible que se veía sin nariz. Todos comprendieron, sin necesidad de mediar palabra, que sus desperfectos les habían desprovisto del derecho a ser amados.

Pasaron los años mientras los adornos perdían la noción del tiempo. Antes contaban cada día que quedaba hasta llegar la Navidad, pero desde aquel suceso ya no había cuentas ni esperanzas. De vez en cuando se reunían para contar anécdotas a la luz de las guirnaldas, pero sus risas se fueron haciendo cada vez más tenues hasta apagarse, al igual que la luz. Así, todos sucumbieron a un sueño que deseaban que fuese eterno, pues en los sueños volvían a ver a sus niños y se veían relucientes y brillantes. Cerrar los ojos suponía volver a saber o, más bien, recordar, lo que era ser amados. Había más color al cerrar los ojos que manteniéndolos abiertos.

Hasta que un día, lo que pensaron que era un terremoto los hizo despertar. Papá Noel y los Reyes volvieron a discutir porque el primero acabó aplastando la corona de los últimos. Los pocos pelos que le quedaban a la ardilla salieron volando, el avión perdió la única ala que le quedaba, los pájaros su última pluma y don Panzón ni si quiera se enteró, pues estaba tan feliz en sus sueños que parecía que nada podía despertarlo. A no ser que un ángel gritara como si estuviese poseído, algo difícil de que ocurrierAAAAAAAAA.

Don Panzón despertó y lo primero que vio fue el pánico en los rostros y no rostros de sus vecinos de árbol o, más bien, de caja, la cual se estaba moviendo haciendo de los adornos una perfecta bola de *pinball*. El día de su fin había llegado. Todos estaban convencidos de que los tirarían a la basura.

De repente, la caja se abrió y unas manos grandes y rugosas fueron sacando los adornos y poniéndolos sobre una mesa. Estos jamás habían visto unos niños tan feos. Tenían la piel arrugada como una pasa, una joroba tan grande como la de un dromedario, el pelo blanco, para quien tuviese la suerte de tenerlo, como la nieve recién caída...

Rápidamente aparecieron más pasas andantes alrededor de la caja. Algunos venían montados sobre sillas con ruedas, lo cual les recordó a cuando sus niños jugaban a las carreras con la silla de la profesora. Los adornos fueron sacados uno a uno y, al igual que estos pensaban que esos niños eran muy feos, suponían que lo mismo pensarían sobre ellos. Todo parecía un sueño hasta que, de pronto, don Panzón, que apretaba los ojos fuertemente deseando despertar, notó un cosquilleo donde se supone que debería estar su nariz. Los abrió para comprobar qué estaba pasando y la vio. Sus ojos se pusieron bizcos para poder contemplarla mejor. Una hermosa nariz de plastilina completaba su cara.

El destartado muñeco de nieve no podía creerlo. Cuando sus ojos volvieron a su posición natural se encontró con otros azules que lo miraban y en los cuales se había visto reflejado durante muchos años. Pero no fueron sus ojos los que le hicieron saber quién le había puesto la nariz. Fueron sus manos que, aunque rugosas y llenas de manchas que no parecían ser de pintura, tenían la misma calidez que le dieron la vida hace tantos años.

Así, Marina y algunos de los demás niños, como Felisina y Gonzalín, quienes les dieron la vida, se encontraban ahí para devolvérsela y hacer del árbol de la Residencia de San José, quizás no el más hermoso del mundo, pero si el centro de un universo de risas, anécdotas y bonitos recuerdos y, en definitiva, el más admirado, valorado y amado.

Y es que no importa los desperfectos que tengamos. Siempre va a haber alguien que nos va a admirar, valorar y amar por quienes somos porque el amor no pone condiciones a los tiempos

verbales, simplemente se expande a través del tiempo y los corazones para seguir moviendo el mundo, ya sea este en el que vivimos o el que existe dentro de un árbol de Navidad.

Fdo: mi niña exterior